

Bien se entiende, por lo demás, que al hablar del «oficio presbiteral» no estamos ante una «pura función» sino ante un servicio colegial, realizado en corresponsabilidad y comunión, densamente sacerdotal y representativo de Cristo y de la Iglesia; un ministerio de referencia apostólica, de testimonio fiel y auténtico, que requiere, y no sólo puede, manifestarse de muchas formas, según diversos carismas o espiritualidades, sin que pueda presentarse una de ellas como exclusiva.

Ramiro PELLITERO

José Antonio MARINA, *Dictamen sobre Dios*, Anagrama, Barcelona 2001, 273 pp., 14 x 22, ISBN 84-339-6165-9.

En pocos años, José Antonio Marina se ha colocado por méritos propios en primera fila del pensamiento español. Ha manifestado talento como ensayista, con soltura, amenidad y, en general, un buen apoyo bibliográfico. Le interesan los grandes temas humanos en relación con la psicología. Para mi gusto lo más logrado han sido sus primeros ensayos: *Elogio y refutación del ingenio* y *Teoría de la inteligencia creadora*. Después, sus colaboraciones en ABC, recientemente recogidas en un volumen. Otros posteriores, aunque interesantes, no han resultado tan brillantes por la dificultad del tema o por un toque demasiado coloquial. Éste es también un ensayo inteligente, con aciertos y momentos de interés. Aunque con limitaciones, porque al tema, inmenso y delicado, no le va el tratamiento desenvuelto, al que está acostumbrado Marina. Aquí no bastan intuiciones rápidas y apoyos bibliográficos selectos.

Con este ensayo, Marina quiere pensar la naturaleza y origen de las religiones para situarlas dentro de un marco ético. En varios momentos acude al símil de las vidrieras que son vistas de distinta manera desde dentro del templo o desde fuera. Él se sitúa, por lo menos metodológicamente, fuera, aunque procura tratar todo de manera que no resulte ofensivo, quitando alguna desenvoltura. Por tanto, este ensayo podría situarse dentro del género que técnicamente se llama «crítica de la religión». Es decir, trata de pensar cómo se justifican o cómo se comprenden racionalmente las religiones.

El ensayo se divide en dos partes que no se corresponden del todo a sus títulos. En la primera, *Negación de la teología*, intenta pensar cómo se generan las religiones, tema poco manejable por su variedad y difícil por sus honduras prehistóricas y antropológicas. Dentro de las simplificaciones inevitables, presenta bien lo que es la inteligencia simbólica propia de las religiones, en su intento de explicar, salvar y organizar el mundo. Distingue las posibles mani-

festaciones del más allá (en la naturaleza, la interioridad y el profetismo); y compara las afirmaciones religiosas con las científicas, preguntándose por su respectiva fundamentación. Marina se distancia de la crítica agnóstica; tampoco le satisfacen respuestas teológicas radicales (Barth) o las que le parecen excesivamente racionalizadoras (Küng, Von Balthasar, Pannenberg) y prefiere el testimonio (San Bernardo, Santa Teresa). Distingue tres caminos por los que se puede llegar a una idea de lo trascendente: por costumbre y educación; por experiencia personal en el conocer y vivir; o por la razón (las vías), mostrando aquí el valor de la quinta vía, aunque también la distancia entre el Dios de los filósofos y el de la fe. La conclusión es que la religión se fundamenta inmediata o mediatamente en la evidencia subjetiva de algunas experiencias de conocimiento (visión) y de comportamiento (purificación y ascetismo). Por este camino, deduce que las creencias deben considerarse una «verdad privada»: es decir, con valor subjetivo, distinto según las personas. En contraposición con la ciencia, que tiene carácter de «verdad pública», al poder ser comprobada por muchos. El propósito de esta distinción es servir de base para la afirmación posterior de que las verdades privadas no se pueden imponer como verdades públicas.

La segunda parte, *Teología afirmativa*, comienza con el nerviosismo del Marina racional (claro, distinto y desenvuelto) frente a las variadas interpretaciones de la Escritura y las dispersas manifestaciones de la piedad. Pero enseñada pasa a construir una ontología «telegráfica» (en esbozo). Me parece el momento más interesante del ensayo. Según el autor, la descripción de lo que existe exige superar un materialismo burdo y cerrado y cambiarlo por un materialismo abierto a los fenómenos fascinantes del universo. La teoría del Big Bang y la posterior evolución nos empujan a pensar en una totalidad de altas propiedades. Se trata de tomar conciencia de lo que está implicado en nuestro conocimiento de la existencia. Con eso alcanza una cierta intuición del misterio del ser en su totalidad. Es todo lo que se puede obtener con la razón, que no puede pasar de una cierta tautología. Si se quiere saber más de esa «dimensión divina» es necesario introducirse en el terreno de las religiones. Conecta entonces con la percepción del existir profundo que se da en las religiones orientales. Aunque de pasada, se equivoca cuando afirma que Santo Tomás de Aquino dice lo mismo (p. 165). No percibe el peso que la noción de creación, con la doctrina de la participación y de la trascendencia divina, tienen en el pensamiento cristiano. Además, recoge críticas sobre la idea de creación (pp. 128-129). Pero luego hablaremos de esto. Marina cree que este camino permite una afirmación del absoluto, al mismo tiempo que reconoce la dificultad para mostrar su esencia (aquí sí se acerca a Santo Tomás). En la conclusión, habla de una necesaria «poda» de las expresiones religiosas, cuyo alcance no manifiesta.

A continuación, reconoce el valor moral que han tenido las religiones para sentar principios y como camino educativo, pero también quiere recoger ejemplos de inmoralidad, para mostrar que ha habido un progreso ético y postular la necesidad de que las religiones se sometan a un marco ético. Los tres ejemplos están tomados de la historia de la Iglesia: la doctrina sobre el destino de los niños sin bautizar, sobre la libertad religiosa y sobre la predestinación (casi todo con referencia a San Agustín). Éste es, para mi gusto, el momento más débil y discutible del ensayo, porque, con los matices que se quiera, estas doctrinas más bien especulativas no reflejan la vivencia cristiana y porque San Agustín no es un autor de la primera hora y en estos temas no representa la Iglesia universal (en todo caso, sólo una corriente transitoria occidental). El origen y ejemplo de la moral cristiana están en Cristo.

El ensayo termina proponiendo un marco ético por encima de la racionalidad científica y de la religiosa: «La ética procede de las morales religiosas, pero acaba convirtiéndose en un criterio de evaluación de las propias morales religiosas; la ética es juez último de las actividades prácticas del mundo religioso y del mundo profano» (p. 224). Y señala algunos criterios a los que debe someterse la religión. Entre otros: compatibilidad con los principios éticos y capacidad de perfeccionarlos, mayor cercanía a la experiencia religiosa (mística) que a la disciplina eclesial, confianza en la razón, decisión de no encerrarse con sistemas de inmunidad dogmática, no usar medios coactivos para difundirse (miedo, adoctrinamiento, limitación de información), separación del poder político. En líneas generales, en la medida en que son obvios, resultan aceptables, aunque luego se hablará de los límites metodológicos. Respondiendo a una pregunta planteada en la introducción, concluye que a estas alturas, puede ser inteligente ser religioso, pero que hay formas inteligentes y formas no inteligentes de serlo. La religión «si se entiende bien, es una actitud de rebeldía poética y creadora» (p. 225). Parece entenderlo más como una expansión personal, que como la acogida de un don que se recibe.

El libro contiene muchas cosas. Creo que hay que valorar positivamente el esfuerzo que hace por comprender. Y que procura rebasar los prejuicios de la época y no caer en tópicos laicistas. Tiene momentos de inteligencia y ritmo, unidos como hemos dicho, a cierta ligereza. Ya nos hemos referido al uso precipitado de San Agustín como argumento universal. También se le pueden hacer observaciones sobre la bibliografía de referencia o sobre alguna malinterpretación puntual. Sin embargo lo más incoherente del ensayo es el intento de fondo que consiste en hacer un juicio universal de las religiones desde su proyecto de creación ética. Especialmente si se tiene en cuenta que: «la Ética no es algo que tengamos que buscar como se busca una

mina de oro en la ladera; es algo que debemos crear si queremos vivir inteligentemente» (p. 206).

Aparte, parece conveniente hacer algunas observaciones desde un punto de vista cristiano. Marina intenta situarse en un plano general y abstracto. Pero el marco cultural en el que se mueve es el cristiano occidental. De ese contexto toma su principal experiencia religiosa y, a él dirige su propuesta, porque no es fácil que sus palabras lleguen a una mayoría musulmana o budista. Además, aunque no se refiera directamente a los temas cristianos, hay alusiones o implícitos, que parecen pedir observaciones. De acuerdo con esto, vamos a hablar sobre la intención de fondo y cuatro asuntos más.

a) La intención del ensayo, como hemos dicho, es poner a las religiones dentro de las fronteras de la ética o exigir que se pongan ellas mismas. Con esto, José Antonio Marina quiere resolver definitivamente la objeción ilustrada de que la religión engendra violencia porque fomenta la intolerancia. Lo quiere resolver mediante el «uso racional de la inteligencia» (p. 121), dentro de su proyecto de «creación ética». La aspiración ética se puede compartir. Toda religión verdadera produce un impulso ético, un deseo de ser mejores. Pero la propuesta de José Antonio Marina tiene un grave problema metodológico, porque no existe ninguna autoridad natural que pueda arrogarse la representación de «la Ética» o ni siquiera de «la Razón», con capacidad para encuadrar la religión y la conciencia de los demás.

Pedir que las religiones, en general, se sometan a la ética y a la razón es lo mismo que pedir que los hombres vivan de acuerdo con su conciencia y con su razón. Por su parte, Marina hace bien en pensar su marco ético y en proponerlo intentando ganar adeptos. Pero no pasa de ser una iniciativa privada, que no tiene camino de convertirse en norma universal. De paso, no se entiende bien por qué esta creación ética, todavía en curso, debe aceptarse como una «verdad pública», mientras que todas las religiones quedan en la esfera de la «verdad privada».

Por otra parte, si se quiere resolver el problema de la violencia religiosa, conviene reconocer su fundamento antropológico. El fanatismo y la intolerancia no son manifestaciones ligadas a la estructura de lo religioso, sino consecuencia de la afectividad humana que se adhiere pasionalmente y puede encender la agresividad. En todas las actividades humanas donde se producen adhesiones afectivas, puede haber manifestaciones de intolerancia, fanatismo y estallidos de violencia: el fútbol, la política, las elecciones, los nacionalismos, las comunidades de vecinos, los despidos, la bolsa o la violencia doméstica. Precisamente porque la división interior, entre lo racional y lo pasional, es tan pro-

funda, hay que llegar allí para arreglar el problema. Y no se llega de cualquier modo. En concreto, la sabia doctrina cristiana del pecado original recuerda que la salvación por la razón (ética) es imposible. La razón sola no tiene fuerza suficiente para reparar la herida.

Además, la razón misma es proclive a un tipo de fanatismo característico. Tiende al despotismo, como ya le sucedió a Platón en su República, porque quiere ordenar la realidad de acuerdo con sus criterios universales y totalitarios tan claramente contemplados. Los peores males del siglo XX han sido los «fanatismos de la abstracción», como llama Havel a los totalitarismos ideológicos. Por supuesto, deseos de dar claridad al mundo y situarlo definitivamente bajo el resplandor de la razón (son hijos tardíos de la Ilustración). Es la tentación de todo ilustrado. Si José Antonio Marina tuviera poder suficiente y los desórdenes religiosos le parecieran suficientemente graves, quizá padeciera también la tentación de imponer su propuesta en lugar de proponerla.

Las guerras de religión —muy tristes desde luego— tuvieron lugar en el siglo XVII, pero ya se resolvieron y han sido objeto de un juicio muy severo por la tradición ilustrada laicista, que además los ha usado constantemente como argumento antirreligioso. En cambio, acabamos de dejar atrás una opresión comunista que contó con el comprensivo silencio de esos mismos sectores. Esta debilidad plantea una crisis de confianza en la capacidad efectiva de la ética racional para oponerse a la opresión real. La experiencia demuestra que los fanatismos de la abstracción no fueron contenidos por las formulaciones universales de la ética (representadas por la Sociedad de Naciones y después por la ONU), sino por el heroísmo de pocas personas con conciencia; y también, ocasionalmente, por la presión de la opinión pública internacional (y por las armas). Conviene sacar alguna lección ética de todo esto. Ante las situaciones reales que comprometen a las personas, ¿por qué habría que confiar más en la fuerza de las «creaciones éticas» que en el amor a Jesucristo y en el respeto a la moral cristiana?

b) Como hemos visto, en la segunda parte de su libro José Antonio Marina reúne argumentos para mostrar el progreso ético en todas las religiones. Y el hecho de que tiendan a someterse por sí mismas a principios éticos. Por lo que se refiere a la religión cristiana, creo que esto es una verdad muy a medias. Es necesario distinguir entre lo que es el mensaje de Jesucristo y lo que es su impacto cultural o social; es decir, lo que los cristianos hemos vivido. La moral cristiana se compendia en vivo en la persona de Jesucristo. Además, Él mismo la formuló y resumió verbalmente en el doble mandamiento de la caridad: amar a Dios como Padre y a todos los hombres como hermanos. Y la desarrolló con bastante detalle en el Sermón de la Montaña, con preceptos muy radicales y difíciles de vivir por el heroísmo que exigen.

Con su palabra y con su vida, Jesús enseñó a sus discípulos que amasen a sus enemigos, que perdonasen las injurias, que orasen por sus perseguidores, que pusieran la otra mejilla, que fueran generosos sin medida con todo lo suyo. Nada más opuesto a la intolerancia o el fanatismo. En esto no ha habido progreso ético y no es pensable que pueda darse. La cima estaba muy clara desde el principio. Bastaría leer detenidamente la *Didaché*, para darse cuenta de la idea que tenían los antiguos cristianos sobre cuál era el núcleo de la moral de Jesucristo, mucho antes de que naciera San Agustín.

Otra cosa es el testimonio de los que nos llamamos cristianos. El cristianismo como doctrina vivida por muchedumbres está expuesto a la acomodación, especialmente por el heroísmo que exige. Y está inserto también en los lentísimos movimientos de la cultura común, que condiciona las mentalidades y hace a cada uno hijo de su tiempo. La historia demuestra constantes degradaciones personales y colectivas. Una de ellas es, ciertamente, el recurso a la violencia más allá de la defensa propia (tema delicado). Es evidente que la violencia no procede de los preceptos evangélicos, sino de las pasiones humanas y de los condicionamientos culturales. Nunca faltan cristianos que escuchan la Palabra de Dios y superan las coordenadas culturales de su época. San Juan de la Cruz es fruto del Evangelio; las guerras de religión, de las pasiones humanas. Maximiliano Kolbe es fruto del Evangelio, los que no hicieron nada, del miedo.

La reflexión ética es un gran servicio social. La Iglesia siempre la ha valorado porque cree en el papel de la razón junto a la fe. Ayuda a fundamentar las cosas y a defenderlas. Pero según la mente cristiana, la reforma moral de las personas sólo se logra en la medida en que se acercan a Dios y participan de su amor (que es su ser y su fuerza). «Sólo Dios es bueno», recuerda Jesucristo al joven rico. Sólo de Él viene la verdadera capacidad de ser bueno, el impulso de la caridad que lleva a darse. Desde el punto de vista cristiano, la bondad moral del hombre se realiza y alcanza su plenitud en la entrega de sí mismo a Dios y a los demás. Donación imposible de conseguir con sólo esfuerzo intelectual. Al contrario, la inteligencia, abandonada a sí misma, tiende a hacer a las personas egolátricas (y despóticas). No hay que olvidar que la soberbia es el vicio de la inteligencia (el pecado de los ángeles).

c) La tercera observación se refiere a la idea del universo y a la doctrina de la creación. José Antonio Marina es un hombre con mentalidad moderna y aprecia mucho el desarrollo científico. Esto le permite superar algunos prejuicios de tipo cultural. Como hemos dicho, una de las mejores cosas del libro es que supera un materialismo burdo. Percibe que la apertura sin reduccionismos al conjunto maravilloso de los fenómenos conecta casi connaturalmente con un sentimiento religioso del absoluto. «Creo que, a partir de la experiencia del

mundo material —único al que llego— y de sus creaciones y fenómenos, la filosofía puede afirmar la existencia de una dimensión divina de la realidad, fundada en la percepción del existir. Esa dimensión ontológica tiene muchos de los rasgos que se han atribuido al objeto cultural “Dios”» (p. 222). «Desde la percepción del existir se puede recuperar una parte de la experiencia religiosa universal: la experiencia del poder, del fundamento, del dinamismo de la realidad. Desde la percepción del existir, se puede dar otro contenido a esas experiencias: la energía innovadora, ampliadora de posibilidades, la consciencia humana como lugar de emergencia de la realidad humanizada» (p. 223).

La afirmación de un mundo de maravillosa complejidad, reconocido en su conjunto fabuloso le acerca al fondo filosófico de las religiones orientales: el hinduismo, el taoísmo, el budismo. Una vez expurgados de sus mitologías y técnicas supersticiosas; es decir, una vez que se reducen sus formulaciones a símbolos y se prescinde de todas sus extrañas prácticas ancestrales. Hay que notar que lo que le pasa a Marina le pasa últimamente a mucha gente que ha superado el materialismo burdo y reductivo, empeñado en decir que el universo es menos que lo que es, y se deciden a contemplar el universo tal como la ciencia nos dice que es, como un conjunto orgánico (lo exige así el Bing Bang) lleno de maravillosas y altas propiedades, la más sorprendente de las cuales sería la conciencia humana. Si se lee de nuevo la cita recogida antes se verá confirmado esto.

Este acercamiento fascinado a la totalidad (al todo del que formamos parte), con un descubrimiento del trasfondo filosófico de las religiones orientales, debe unirse quizá al elenco de críticas a la doctrina de la creación que recoge en las pp. 127 y 129. Son del anarquista francés Sebastian Faure. No las asume formalmente, pero por algo las dice. Parece tener problemas con una idea de Dios creador y trascendente. Quizá no percibe lo que está en juego. La doctrina de la creación es un principio arquitectónico del pensamiento cristiano (y judío) y diferencia radicalmente la tradición judeocristiana, de las religiones orientales. Tienen ontologías distintas. La cristiana tiene en su cima un Dios personal. La oriental (budismo-hinduismo-taoísmo) tiene en su cima un todo impersonal. Si el ser máximo es impersonal, los demás seres sólo pueden ser débilmente personales: trocitos emanados del todo y destinados a disolverse en el todo. El universo de las religiones orientales, a diferencia de la tradición judeo-cristiana, es fuertemente impersonal; por eso su moral personal está tan débilmente fundamentada.

La idea judeocristiana de un Dios creador implica una imagen del universo. Porque exige distinguir a Dios del mundo (trascendencia), supone una idea fuerte de la personalidad divina y humana (idea fuerte de persona) y permite fundamentar las fronteras entre el bien y el mal (moral basada en el valor

de la persona). Si existe una moral es precisamente porque el Dios revelado es distinto de la naturaleza que, en sí misma, es amoral (los volcanes no son ni justos ni injustos). En las religiones orientales, es muy difícil sustentar otro impulso moral que no sea el de unirse al todo. Y, por supuesto, no tiene sentido la historia, con su drama de libertad, pecado y gracia.

d) En el ensayo, hay silencio sobre la figura de Jesucristo, aparte de menciones marginales o inoportunas (p. 126). Pero Jesucristo es una figura única, enorme e inevitable, muy difícil de situar entre las generalizaciones del panorama religioso. Los cristianos creemos que es el Verbo en quien fueron creadas todas las cosas, el Hijo que se encarnó para mostrar el amor del Padre, el Mesías que, con su muerte y resurrección, ha abierto un camino de salvación. Por eso, apela, a la vez e inseparablemente, a la ontología del universo (una verdad sobre la creación y la personalidad), a la historia humana (una vida real que es modelo) y al simbolismo religioso (un Misterio Pascual que es camino). Y todo eso está ya en los evangelios y no es una invención de la teología posterior.

Esta triple dimensión de la figura de Jesucristo completa la idea cristiana de persona. Somos personas porque estamos destinados a vivir para siempre delante de Dios, a ser hijos en el Hijo. Dios es Padre, porque tiene un Hijo auténtico (Jesucristo). Al cual todos estamos llamados a asociarnos. Éste es también el fundamento de una fraternidad que abarca a toda la humanidad, sin distinciones. Fraternidad difícil de sostener desde una evolución biológica que funciona a fuerza de distinciones.

A diferencia de los mitos hindúes, Jesús de Nazaret no es una figura simbólica que pueda ser eliminada en una «poda religiosa». Su condición de Mesías y de Hijo, pero sobre todo, el acontecimiento de la resurrección, el paso de la muerte a la vida, es el hecho y también el símbolo central del cristianismo. El cristianismo está centrado en el hecho de la resurrección, que testimoniaron los Apóstoles. Para el cristianismo, la Pascua de Cristo es, al mismo tiempo, hecho histórico y sacramento universal de salvación (signo y medio de salvación). El símbolo y el camino de toda la victoria cristiana sobre el pecado y el mal. Es el contenido del anuncio salvador, que se celebra en los sacramentos y se expresa en la moral (transformarse en Cristo, sobre el hombre viejo).

e) Por último una observación sobre la relación entre experiencia e institución. La descripción que hace Marina de las fuentes de la religión depende del ensayo de Bergson (vivencia personal e institución social), aunque, como hemos dicho, Marina añade una vía «ontológica». Como a Bergson, se le nota admiración por los místicos y un cierto malentendido sobre el papel de «las iglesias». Éste es un prejuicio muy común. Se basa en los fallos históricos de la



institución cultural, ampliamente recordados por la crítica laicista de carácter ilustrado. Fallos que siempre van a existir, porque los tenemos cada cristiano y también cuando nos reunimos.

Se comprende que, tanto Bergson como Marina, quieran tomar como fuente de autenticidad religiosa la fascinante belleza de la mística cristiana (San Juan de la Cruz, Santa Teresa, el Beato Ruusbroeck). Que además, resulta más familiar y clara que otras orientales. Pero supone una idealización. Los éxtasis de Santa Teresa o de San Juan de la Cruz fueron acompañados del aprecio de la realidad ordinaria (los pucheros de Santa Teresa) y, sobre todo, de una consciente identidad con la doctrina y vida de la Iglesia. Piénsese en el interés que pusieron por aprender la doctrina, en la obediencia que mostraron a sus superiores y en el recurso habitual a sus confesores. Su «mística» no se puede independizar de ese contexto. A diferencia de las místicas orientales, que parecen técnicas de vaciamiento, la cristiana tiene contenidos (Evangelio), trata amorosamente con personas (El Padre, el Hijo, el Espíritu Santo) y se vive con una auténtica comunión con la Iglesia, con sus preocupaciones y con su estructura. No es sólo contacto y conciencia personal con la totalidad.

Para el cristianismo, la Iglesia no es una simple realidad sociológica metida en la historia y sometida a los condicionamientos culturales de cada época. Es un misterio trascendente, una unión por encima del espacio y del tiempo con el misterio de Cristo. Cuando uno se hace cristiano, se incorpora a la primera comunidad cristiana que recibió el Espíritu Santo en Pentecostés. Por esa comunión, el cristiano se sabe unido a Cristo, a María, a los Apóstoles a todos los santos, a todos los cristianos que han sido y son en la tierra. Y esto se realiza a través de las estructuras visibles de la Iglesia en este mundo, sometidas, por supuesto, a condicionamientos culturales. En el cristianismo no tiene sentido una mística de amor de Dios sin comunión con la Iglesia.

Es preciso terminar. Naturalmente, todo lo expuesto pertenece a la fe cristiana. José Antonio Marina no tiene por qué abordarlo en su libro. Pero conviene comprenderlo. Porque, cuando hablamos de religión en el ámbito de habla castellana, la que está en causa es, inevitablemente, la religión cristiana. Y es bueno que nuestros intelectuales se hagan idea de su profundidad. Me parece que José Antonio Marina tiene más condiciones que otros, que se limitan a mantener viejos prejuicios sin molestarse en revisarlos. Como he dado a entender, creo que, en este ensayo, José Antonio Marina ha percibido la aspiración de totalidad que hoy surge de nuestro conocimiento científico del universo. Esto es lo más valioso. Intuyo también que ha llegado a sintonizar con el trasfondo de las religiones orientales (convenientemente despojadas de sus elementos culturales). Y en esto conecta con una cierta evolución cultural que está

en curso. También tengo la impresión de que las críticas recogidas sobre la creación y el silencio sobre la figura de Jesucristo pueden suponer algún vacío, alguna evolución o alguna retirada. Por las reservas circunstanciales que manifiesta hacia la «teología», parece que no ha encontrado fuentes fiables. Quizá le han causado problemas los ojos con los que la lee en ocasiones (Schillebeeckx, Torres Queiruga). Pero, como sucede con la filosofía, para encontrar la fuente viva, hay que profundizar.

Juan Luis LORDA

Luigi PADOVESE (dir.), *Atti del VIII Simposio di Efeso su S. Giovanni Apostolo*, (Turchia: la Chiesa e la sua storia, XV), Istituto francescano di spiritualità, Pontificio Ateneo Antoniano di Roma, Edizioni Eterea Associazione, Roma 2001, 374 pp., 16 x 22.

Cada dos años se celebra en Éfeso un simposio sobre San Juan Apóstol. Lo dirige el Profesor P. Luigi Padovese, Director del Instituto franciscano de espiritualidad del Pontificio Ateneo Antoniano de Roma. Este libro corresponde a las actas del celebrado del siete al nueve de Mayo del año 2000. Se realiza bajo el patrocinio de la Asociación Cultural Eterea y de los Padres Capuchinos de Parma. También colabora la embajada de Turquía ante la Santa Sede, consciente del valor que estos trabajos suponen para un mejor conocimiento de las riquezas culturales y religiosas, presentes en el estado turco.

En la Introducción al Simposio, recuerda Padovese la antiquísima tradición que relaciona a Éfeso con San Juan, figura clave en el cristianismo primitivo. También considera que son unas jornadas de carácter científico con diversas manifestaciones: literarias, históricas y arqueológicas. «Puesto que el cristianismo es un fenómeno histórico, ha de ser interpretado en el interior de la historia. De esta historia es parte integrante Juan, con todos los escritos que se le atribuyen ("corpus joanneum"). Comprender la historia del cristianismo joánico que aparece en Éfeso; acoger la relectura de la tradición joannea, sus causas y sus efectos es el fin de nuestro encuentro» (p. 6).

Estima Padovese que el empeño propuesto no es fácil, dado que cuanto más nos acercamos a los orígenes del Cristianismo joanneo, más hipotéticos se muestran los resultados. Las razones son conocidas: sobre todo la escasez de informaciones, y también el hecho de que los escritos joánicos se distancian de la realidad pues presentan su propio mundo, el mundo del texto que refleja más la mentalidad del escritor que la historia misma. Por otro lado, como se sabe, resulta extremadamente difícil penetrar en el mundo interior de quien escribe,